

Ya tenía la niña veinte años cuando el médico sugirió internarla, porque la situación había llegado a un extremo intolerable, que yo no sabía manejar, se pasaba el día encerrada en casa y llorando, dejó de ir a la universidad, que no sé si llegó a ir mucho, la matrícula sí la hizo, pero las clases ni las pisó, no comía, no hacía nada, y el médico me dijo que aquello era una depresión profunda. Yo me resistía como una leona a llevarla a ningún sitio, pero lo que me convenció al final fue que la propia niña me dijo que a ella no le importaba, que quizá le viniera bien. Aún me acuerdo, que la llevé yo misma allí, en una clínica a las afueras de Madrid, en Somosaguas estaba, carísima, y después de firmar los trámites de entrada, un papel que tuvo que firmar la niña diciendo que entraba allí de forma voluntaria, la vi desaparecer por aquel pasillo blanco, con dos enfermeras acompañándola, una a cada lado, y al mío un doctor joven que me decía que no me preocupara, que la niña iba a estar bien. Nunca le perdoné a Eugenio que aquel día no nos acompañara, nunca. Bien podía él haber dejado el trabajo por unas horas, que al fin y al cabo era su propio jefe, ¿no?, pero el nunca pareció darle mayor importancia a lo de Martita, cosas de la edad, decía, ya se le pasará, cualquier día se saca novio y verás como se la pasa la murria ésa de un plumazo. A mí me dejaban ir a verla una vez por semana, los sábados, y no falté una sola vez, y la verdad es que la vi mejorar a ojos vistas, parecía animada, estaba más llenita, tenía buen color, de vez en cuando se reía y todo, y se veía que las enfermeras la habían cogido cariño, por cómo la trataban. Yo, que había esperado todo lo contrario, un sitio sórdido, horrible, lleno de locos, como en la película aquella del nido del cuco, fui la más sorprendida con el cambio, y no entendía por qué no podía volver a casa, porque los médicos me insistían en que el proceso, el proceso, decían, solo acababa de empezar, así que tuve que esperar dos meses, solo la podía ver las dos horas de cada sábado, y la echaba de menos horroses, como usted no podría ni imaginar.

Fue precisamente uno de los sábados de visita cuando me empezó a hablar del tema. Yo le había preguntado que si estaba contenta, que si creía que la clínica le estaba haciendo bien, y ella me dijo que sí, que estaba aprendiendo mucho sobre sí misma, eso lo recuerdo muy bien, la frase se me quedó grabada, y no sé como salió la cosa exactamente, y tuvimos una conversación muy larga y muy profunda, que te hecho yo, le dije yo, en qué he fallado, si yo siempre he procurado lo mejor para ti, si te he querido más que a nadie, si a lo mejor ése es el problema, que siempre te he mimado demasiado y te he hecho débil. No es eso, mamá, no tiene nada que ver con eso, mamá. Y de repente se quedó muy callada, se cortaba el silencio, se quedó un rato larguísimo con la

cabeza y los ojos bajos, mirando al suelo, y luego lo dijo en muy bajito, la voz en un hilo, débil, casi un quejido, tiene que ver con otra cosa, mamá, o con muchas cosas, lo de mi violación, por ejemplo. Me clavó los pies en el suelo y me dejó sin habla, el estómago encogido, al principio creí que no lo había entendido bien. Qué violación, le dije, si a ti nunca te ha violado nadie, si nunca has dicho nada, qué me estás contando. No sé como explicarle, era como si la hubiera escuchado pero no, era una cosa tan increíble que lo primero que pensé, dios me perdone, fue que todo era un delirio de la niña, que se lo estaba inventando, porque sonaba inverosímil, si la niña casi no salía de casa, y nunca había vuelto del colegio con un ojo morado o con marcas o moratones o la ropa rota, qué se yo, lo que una espera después de una violación. Era demasiado increíble como para creerlo, y yo no quería creerlo, al fin y al cabo la niña estaba en un loquero, ¿no?, podía estar inventándoselo para llamar la atención, eso es lo que yo quería creer, y aún recuerdo que, mientras volvía a casa dándole vueltas al asunto - era una hora de trayecto, sabe, daba mucho tiempo para pensar - me decía a mí misma que era imposible, que si algo hubiera pasado yo me habría dado cuenta, y cuando llegué a casa estuve mirando los álbumes de fotos de la familia, a ver si algo encontraba, qué pensaba yo que iba a encontrar, qué absurdo, como si esas cosas salieran en las fotos, pero aún no estaba preparada para lo peor.

¿ Sabe? A mí ni siquiera me resultaba raro que su padre no hubiese ido a verla, fíjese usted, tan acostumbrada estaba a él que cuando dijo que a él los hospitales le deprimían ni siquiera intenté convencerle, yo sé que suena rarísimo, pero ya le he dicho que yo vivía años viviendo así, fingiendo, guardando las apariencias, hecha a todo. Cada vez que iba a ver a la niña yo disculpaba a su padre, papá te envía besos, pregunta mucho por ti, pero lo cierto es que ella tampoco parecía muy interesada por que él viniera, ni se quejaba de su ausencia, así que no me parecía importante que él no fuera. Le juro que yo nunca pensé que él fuera un mal padre, nunca, siempre le compró a la niña regalos carísimos por su cumpleaños, y le consentía todos los caprichos, y jugaba mucho con ella cuando estaba en casa, y hasta le había comprado el perro porque ella se empeñó en su día que quería un perrito, y perro tuvimos desde entonces, que yo no me quejo, oiga, que lo adoraba, la compañía que me hizo el animal, la pena que me dio cuando murió, no imagina usted... y por eso no entendí cuando la niña me dijo que al salir no quería ir a casa, que quería quedarse en casa de su tía, de mi hermana, porque necesitaba espacio para pensar, eso me dijo, y yo le dije que de eso ni hablar, que tenía que volver a su casa, y ella que no y que no, y yo que sí y que sí, y entonces ella que se

ponía a llorar a moco tendido, y no había manera de sacarle ni por cuanto había el porqué ni la razón de aquel empeño, todo se la volvía decir que no le preguntara, y así pasaron varios sábados hasta que por fin un día me lo soltó a gritos, rabiosa, me dijo que no quería volver a ver a su padre, y me lo contó todo. Yo rígida, palabra, me quede sin respiración, tenía el corazón en la garganta, el corazón que se me atravesaba y no me dejaba respirar, paf, paf, paf, y un manto de silencio que me envolvía como si fuera un sudario, ella no decía nada, y yo tampoco, nada, las dos mirando al suelo, incapaces de abrir la boca después de lo que se acababa de decir.

Que quiere que le diga, al principio no quería ni creérmelo. Pensaba que era una locura de la niña, que deliraba, que aquello no podía ser. Ni siquiera me atreví a comentarlo con el padre, para que se haga usted una idea. Pero luego me paraba a pensar en que Eugenio me buscó a mí cuando yo tenía dieciséis años, una niña, y que dejó de buscarme después de parida, una mujer, y Martita a los catorce ya era una mujer hecha y derecha, ya sabe que las niñas ahora desarrollan más pronto que antes... y entonces pensaba que era imposible, que Martita era su hija y yo no lo era, que por mucho que a Eugenio le gustaran muy jóvenes, que eso lo he sabido yo desde siempre porque tengo ojos en la cara y veía como las miraba, que se le iban los ojos detrás de cualquier cría en minifalda, eso no quería decir que se fuese a acostar con su hija, que eso era contra natura, una aberración. No tenía a nadie con quien hablarlo, a mi madre no, desde luego, ni a mi hermana. Pensé en ir al cura, pero no estaba muy segura de él, le tenía miedo a su lengua larga y desatada, además el cura de la parroquia podía ser el mismo que a mí, de pequeña, me había preguntado tantas cosas cuando iba a confesar, que si me tocaba, que si en quién pensaba cuando lo hacía, y no tendría yo ni once años, me asustó tanto que ya no quería volver a confesar, y lo hacía obligada por mi madre, pero hablando lo mínimo, por si acaso. Intenté volver a hablar con Martita, pero no quiso, y los dos siguientes sábados se negó a tocar el tema, así que quería pensar que lo habría soñado, pero no, no podía olvidar cómo me lo contó todo, de un tirón, sin lágrimas, los ojos bajos y esquivos, evitando los míos, como si le diera vergüenza lo que contaba. Me dijo que él se había ofrecido a enseñarle a besar como besaban los mayores, y que al principio a ella le había gustado, le había gustado tener un secreto, le había gustado que su padre le hiciera caso, que la considerara especial, quería llamar la atención de su padre, ganarse su afecto, el de aquel padre que paraba tan poco por casa. Cuando la cosa fue a más ella pensó que la culpa había sido suya, por no haber sabido decir que no a

tiempo, por no haber gritado, qué sabía ella. No podía contárselo a nadie, por supuesto, y decidió enterrarlo en el olvido, como si fuera una cosa soñada. No pienses que acabé aquí solo por eso, me decía, hay gente que pasa por lo mismo y lo supera, hay más razones, supongo, el sentirme sola, el verte a ti siempre tan triste, el no saber quererme a mí misma. Quizá si yo hubiera sido otra me lo hubiera tomado de manera distinta, o habría gritado cuando se metió en mi cama, o lo habría contado antes, qué se yo. Pero si lo hubiera contado no me habrías creído, estoy segura, me dijo. Te acuerdas, me dijo, de la bronca que me echaste una vez porque quemé la alfombra de mi cuarto. Te dije que había sido con las tenacillas de rizar, y tú ni siquiera te paraste a pensar en que yo nunca me rizaba el pelo, que eras tú la única que usaba las tenacillas. En realidad, quemé la alfombra cuando intentaba quemar mis bragas. Y se veía bien que le quemadura estaba hecha con fuego, no con unas tenacillas. Eso decía la niña, yo casi no me acordaba de la alfombra ni de la quemadura ni de las tenacillas, ni mucho menos de unas bragas quemadas que hubiera visto en la basura o algo así. No sé, yo echaba la vista atrás y por más que me exprimía la memoria no acertaba a recordar nada, ni una sola pista, nada raro que probase que aquello podía haber sucedido, más bien al contrario, qué quiere que le diga.

Por fin me decidí a hablar con Eugenio... (sigue)